

Volumen X

Agosto 1.º de 1914

Número 97

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
Imprenta Eléctrica. 168, calle 10
MCMXIV

da ; la religión no tiene horas fijas, sino informa todas las acciones ; en que la honesta recreación es descanso, no quehacer preferente ; en que el padre es moderador y amigo de sus hijos, y no cómplice o testigo impasible de las faltas y pecados ; en que la madre, a fuerza de abnegación y buenos ejemplos, se hace considerar de los suyos como una persona superior a la especie humana.

En esa familia las sanas tradiciones venían de tiempos atrás, y así mi amigo no se vio expuesto a los peligros que Bourget describe en su libro titulado *L'Etape*.

Cuando en 1893 se restableció en el Colegio del Rosario el imperio de las prístinas Constituciones, Otero Herrera, que era un niño, se recibió entre los quince primeros *colegiales*. Y hasta que se retiró del claustro, siguió siendo de los primeros, por lo claro de la inteligencia, lo asiduo del estudio, lo irrepreensible del porte. La tarde que recibió el título de doctor, consideró que no había concluido sus estudios, sino que era el momento de empezarlos. Principió a edificar, sobre el cimiento que había puesto en el Rosario, y ha continuado sin cesar la tarea, sin afán, sin estrépito, sin querer abarcarlo todo ; no creciendo en anchura, sino en solidez y elegancia. Es doctor en filosofía y letras, se educó para catedrático, y se ha dedicado a la cátedra, a las letras y a la filosofía. Mal sistema para hacer ruido.

El señor Otero Herrera no se ha despedido de la juventud para entrar a la edad madura, y ya es padre de numerosa familia, catedrático de altas asignaturas en colegios, escuelas y facultades, miembro de los consejos directivos de varias de ellas, autor de libros de texto que son verdaderas joyas. Es un cristiano ejemplar, un ciudadano útil a la patria, un fidelísimo amigo.

Todo ello, dirá algún lector, es muy digno de estima ; pero esa semblanza es todo lo contrario de un poeta. El verdadero alumno de las Musas es un hombre soltero, o siquiera divorciado, sin oficio constante,

sin sueldo fijo, víctima de reales o imaginarios infortunios ; de ojos fulgurantes, encrespada melena, tristezas incurables, súbitas alegrías, entusiasmos insanos, suicidas desesperaciones.

No soy de ese parecer. No les niego el título de poeta a Byron, a Leopardi, a Verlaine : pero lo reclamo, en cambio, para Moore, Manzoni, Copée. Antes que Espronceda y Larra, brillaron en España Luis de León y Rodrigo Caro. La poesía es flor de todo clima, de toda zona ; pero se muestra más vívida y fresca al suave calor de primavera que al rigor de los climas polares o al abrasado ardor de los arenales del Sahara.

El señor Otero Herrera no sintió en sí la *vocación* de poeta ; ninguna llama de inspiración le ahogaba el respirar ni le quitaba el sueño. Escribió casi todas estas composiciones para contribuir a las veladas íntimas de los estudiantes del Rosario. Porque lo que más ama Antonio, después de la memoria de su padre, y después de su santa madre y de su mujer y de sus hijos, es su claustro, sus aulas, su capilla, su Bordadita (1) y, si no fuera petulancia, añadiría su rector.

Y, con todo, en esas contribuciones a fiestas de familia aparece un poeta verdadero, de inspiración y sentimiento, y de originalidad extraordinaria. Inspiración, no locura ; sentimiento, no frenesí ; originalidad y mucha, no extravagancia.

Otero Herrera tiene lo que se necesita para ser poeta : hondo pensar, aguzado por las investigaciones filosóficas ; sentir tanto más vibrante cuanto más contenido por la delicadeza y el recato ; conocimiento de las reglas del arte ; estudio de los modelos antiguos y modernos. Y, con todo, esas cuatro cantidades positivas suman cero, para formar un poeta, si no se les añade una quinta : ser poeta. Y, a mi parecer, este último re-

(1) Así se llama, desde tiempo remoto, la imagen de la Virgen del Rosario, bordada por Margarita de Austria, y que se venera en la capilla del Colegio.

quisito se halla en el autor del presente libro. Los lectores verán si se conforman con este dictamen. Se puede demostrar que un escrito es correcto o disparatado; conforme o disconforme a las reglas de la retórica. Para probar que un autor es poeta, no hay sino este argumento: "léalo usted." Eso sí: es preciso que el lector sea artista.

Los asuntos del señor Otero Herrera—que no corresponden sino en parte a los títulos de sus poesías—son la religión, la patria, la familia, la naturaleza; es decir, lo que es materia de todo poeta, griego o norteamericano, con tal que sea poeta. Otero es siempre correcto. No conforme, en todo, con Aristóteles, Horacio, Boileau y Herosilla. En esos preceptistas hay alma y cuerpo. Otero Herrera suele desentenderse del cuerpo; nunca del alma.

Diré en qué consiste su originalidad. Dejando a un lado literaturas extranjeras, hay dos poetas colombianos que guardan analogías con nuestro autor: Ricardo Carrasquilla y Diego Fallon. Otero Herrera *se parece*, por unos aspectos al uno, por otras facetas al otro; pero *no es imitador* de ninguno de los dos. Ni podría remedarlos a entrambos, porque si Fallon y Carrasquilla fueron los dos amigos más íntimos que imaginarse cabe, en nada se asemejan como artistas. Carrasquilla era improvisador; Fallon, trabajador pacientísimo; el primero no se cuidaba de la forma, con tal de producir el efecto; el segundo no se preocupaba del resultado, si la factura le quedaba irreprochable.

Carrasquilla escribió poesías serias y versos jocosos, sin mezclar las unas con los otros. Fallon compuso *La luna*, *La palma*, etc., en que no hay sombra de burlas. En *Las Rocas de Suesca* combinó lo lírico con lo jocosos, lo risible con lo sublime. Don Ricardo Carrasquilla, en sus composiciones del género grave, revela al hombre bueno, al cristiano; en las festivas, al filósofo original y profundo.

Existe un sér, hijo mío,
Invisible,
Grande, eterno, incomprensible,
Cuya omnipotente voz
Sacó el universo entero
De la nada;
Es el cielo su morada
Y su santo nombre, Dios.

Hé ahí el cristiano, el poeta sobrio, clásico. Pero allí no hay filosofía original.

Vén a los brazos de tu dulce madre,
Y a mis brazos, también, hija querida;
Vén, y derráma en nuestro amante seno
El puro llanto que en tus ojos brilla;
Vén, como sueles, respetuosa y tierna,
Póstrate a nuestras plantas de rodillas;
Hija del corazón, hija del alma,
¡Seas mil veces del Señor bendita!

Aquí palpita el más puro sentimiento, pero no hay huellas de chanza, ni vestigio de filosofía.

¡Hondos arcanos del alma humana! Apenas deja el señor Carrasquilla la grave entonación lírica, brota a raudales la doctrina del filósofo católico:

Es axioma conocido
Que el partido vencedor
Es siempre conservador,
Y liberal el vencido.

En los días que siguieron al triunfo de la federación escribió:

Bolívar tumbó a los godos
Y, desde ese infausto día,
Por un tirano que había
Se hicieron tiranos todos.

La poesía festiva titulada *El poder del hombre*, donde dice que el rey de la creación

*Del sol el peso averigua,
Del sol las leyes promulga,
Y lo acobarda una pulga
Y lo enloquece una nigua,*

termina con esta amarga sentencia, que semeja compendio del *Eclesiastés*:

*Todo el humano poder,
Toda la grandeza humana
Es correr tras un mañana
Y suspirar por ayer.*

El problema, hoy muy interesante, del feminismo, queda resuelto en estas redondillas:

*Por eso, si en un momento
Resuelve el hombre sentir,
Sin que lo llegue a advertir,
Siente con el pensamiento.*

*Y si, en muy rara ocasión,
La mujer quiere pensar,
Sin llegarlo a sospechar,
Piensa con el corazón.*

(El hombre y la mujer)

Diego Fallon, a par de gran poeta, era filósofo insigne. Por fortuna, su poesía está impresa; por desgracia, su filosofía no se escribió nunca. Pero en sus versos quedó la garra del león:

*Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre a su futuro vuelo.*

(La luna)

En *Las Rocas de Suesca* mezcla el poeta lo festivo con lo grandioso. Es un fragmento de poesía descriptiva y didáctica; pero lo que enseña no es filosofía, sino geología. Allí, como en todas las composiciones del

autor, está ausente, casi por completo, el elemento subjetivo. El sentimiento que impregna las demás poesías del señor Fallon tampoco se halla en las *Rocas*; ni el asunto lo pedía ni lo comportaba.

Otero Herrera filosofa jugando y riendo como Carrasquilla, pero no en letrillas y bagatelas, sino en poesías sobre graves asuntos, llenos de sensibilidad y de ternura. Combina, a semejanza de Fallon en *Las Rocas de Suesca*, lo serio y lo jocoso; pero en poesías esencialmente líricas, personales, sentidas y delicadísimas. En Otero el tránsito de lo que entenece a lo que hace sonreír no es brusco, ni produce la impresión del contraste. Consiste en que así siente el poeta. La prueba está en que, aun en composiciones tan serias y religiosas como *La campanilla del altar*, se adivina el alma retozona del autor. No hacemos citas de las poesías de Otero Herrera, porque ahí están ellas, a continuación de este prólogo.

El jamás había pensado en coleccionarlas: a instancias mías se resolvió a publicar este librito, y me exigió en cambio la presentación aquella que yo debí haber hecho ahora quince y más años.

A los amantes de la buena literatura les digo: aquí tenéis reunidas las composiciones ya leídas y celebradas por vosotros, y que andaban dispersas en hojas volanderas y fugaces.

A las señoras: este librito merece figurar en vuestra biblioteca, y podéis ponerlo, sin peligro, en manos de las niñas.

A los jóvenes: ved cómo se puede ser poeta sin dejar de ser cristiano humilde y laborioso; ser original sin perder el juicio; volar en alas de los amores puros, los de la religión, la patria, el hogar y la amistad.

R. M. CARRASQUILLA

Bogotá, mayo, 1914.

